

AUTORA	Sallent, Mariana
TÍTULO	<i>Vida de la seráfica madre Santa Clara que escribía sor Mariana Sallent, monja professa en el religiosísimo convento de Santa Clara, de la ciudad de Borja. Dedicada al santo Cristo del coro del mismo convento y en esta segunda impresión al ilustris. y reverendis. S. D. Fr. Antonio Folch de Cardona, Arçobispo de Valencia, del Consejo de su Magestad, &c.</i>
DATOS BIBLIOGRÁFICOS	Valencia: Francisco Mestre, 1703; 160 pp.; 8°.
EJEMPLAR	Madrid, Biblioteca Universidad Complutense, BH FLL 7485 (texto completo)
NOTAS	<p>La presente edición transcribe los paratextos que constan en la obra:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Portada - Dedicatoria al santo Cristo del coro - Dedicatoria al ilustrísimo y reverendísimo señor don fray Antonio Folch de Cardona - Endechas endecasílabas de la señora sor Teresa Sallant, hermana de la autora y religiosa en el mismo convento de santa Clara - Programa del reverendísimo padre maestro fray Tomás González del Campo - Soneto acróstico del mismo - Romance del reverendo padre fray José Antonio de Hebra a la señora sor Mariana Sallent - Décima y soneto de don José Lupercio Panzano y Ibáñez de Aoyz - Octavas de don Jerónimo Torrijos y Virto - Soneto de don Francisco Bolello de Moraes y Vasconcelos - Romance heroico a la gloriosa virgen santa Clara por don José Orti - Décima del doctor Jacinto Matoses - Laberinto de don José Periz de Pery - Del mismo, un romance - Soneto de don José Monflorit y Paniagua a la señora sor Mariana Sallent - Décima del mismo asunto del mismo
RESPONSABLE	M ^a Mercedes Marcos Sánchez

PORTADA DEL EJEMPLAR



[h. 1r]

Vida de la seráfica madre santa Clara que escribía sor Mariana Sallent, monja profesá en el religiosísimo convento de santa Clara de la ciudad de Borja.

Dedicada al santo Cristo del coro del mismo convento, y, en esta segunda impresión, al ilustrísimo y reverendísimo señor don fray Antonio Folch de Cardona, arzobispo de Valencia, del Consejo de su majestad, etc.

Con licencia, en Valencia, en la imprenta de Francisco Mestre. Año 1703.

[h. 1v] **Al santo Cristo del coro.**

La vida, Señor, de vuestra esposa Clara busca, en la fiel ternura de los pechos, altar piadoso al venerable culto de sus heroicas virtudes. Hoy pretenden las lealtades de mi amor desarmar de lunares el olvido. En este sencillo, humilde desahogo de mi afecto, a quien ni contrastaron sutiles vanidades del aplauso ni acobardaron críticas severidades de la censura, solo aspira a la feliz ambición de alcanzar número entre las reverentes [h. 2r] ofrendas que penden afortunado holocausto de mi adorada Madre. Por Vos, crucificado autor de las finezas, ardió dulces incendios el corazón de Clara. Por Vos, Señor, se acoge hoy un sacrificio que, a méritos de la elección siquiera, confía que no desdeñará sus benignas aceptaciones vuestro divino amparo, pues cultos que dedica la gratitud a vuestra tierna esposa deuda son legítima de vuestros pies y apacible soborno de vuestras piedades.

Sor Mariana Sallent.

[h. 2v]

Al Ilustrísimo y reverendísimo señor don fray Antonio Folch de Cardona, arzobispo de Valencia, del Consejo de su majestad, etc.

Ilustrísimo y reverendísimo señor.

Señor:

Este papel, que aún no puede llamarse libro, tiene la noble vanidad de buscar la sombra del grande nombre [h. 3r] de vuestra señoría ilustrísima para su esplendor: perdónele vuestra señoría ilustrísima el atrevimiento, que hay delitos que, por bien nacidos, se equivocan con el mérito. ¿No sería agravio de la razón y queja de la justicia, que habiendo de salir a luz esta métrica noticia de la vida de la admirable virgen santa Clara, dejase de honrar su frente la alta dignidad de quien, por religiosa profesión y devoto afecto, es hermano suyo en espíritu? La grande primogénita del serafín de la Iglesia llevose siempre todos los cariños del padre, y quedó heredada en el derecho [h. 3v] sobre todos sus hermanos: ¿cómo podía negarle cualquier obsequio, singularmente quien, como vuestra señoría ilustrísima ha sido dignísimo sucesor del portentoso patriarca en la primera representación de su gravísima y dilatadísima familia de España e Indias? Antes temeré que vuestra señoría ilustrísima se enoje de que parezca querer persuadirle verdad tan sentada en su ánimo.

Y si, por lo que toca a su asunto, merece este escrito el soberano patrocinio de vuestra señoría ilustrísima, por la mano que le escribió espera no desmerecerlo, con la confianza [h. 4r] que le da la honra que a vuestra señoría ilustrísima ha debido su hermano el señor doctor don Francisco Antonio Sallent, a quien tiene vuestra señoría ilustrísima ocupado en el empleo de su vicario general, fiando a su destreza buena parte del cayado pastoral y la segunda jurisdicción de su dignidad, con el acierto y satisfacción que pregona el público común aplauso de su felicísimo gobierno, por copiar fielmente en las ejecuciones las soberanas ideas de la superior cabeza que le comunica el influjo.

Tampoco puedo temer que [h. 4v] la pequeñez de este volumen desagrade a los ojos de vuestra señoría ilustrísima, cuya perspicacísima vista no valúa los cuerpos sino las almas: y está tan lleno de ella esta poesía, que anda reventando el alma en el cuerpo de cada copla y rebosando los conceptos entre la gentileza de la frase, la dulzura de las locuciones y el airoso garbo del numen, habiendo parecido esta obra a los genios más entendidos una viva imitación del inimitable ingenio de don Antonio de Mendoza, en al milagrosa vida que escribió de la Virgen nuestra señora, tanto [h. 5r] que se puede dudar si se lee a Mendoza o a esta insigne poetisa.

Aquí parecerá a alguno que debería decir yo algo de lo mucho que el cielo depositó en vuestra señoría ilustrísima, su capacidad soberana, sus prendas verdaderamente heroicas, el valor en las empresas arduas, la maestría en los negocios más difíciles, la dulzura de su trato con que hechiza los corazones, y la vigilancia siempre atenta sobre su grey. Pero esto fuera incurrir en muy grosera bisoñería, como la del villano que encendió una antorcha para dar a ver al sol.

[h. 5v] De todo he hablado menos de quien, a instancia de la devota discreción de muchos, costea esta impresión y la consagra a vuestra señorías ilustrísima, pero de esto nada hay que decir, sobrándome la honra de llegar, aunque mudo, a los pies de vuestra señorías ilustrísima en este reverente acto, cubierto con el escudo de la piedad, rogando y pidiendo a la divina guarde la persona de vuestra señoría ilustrísima como necesita su metropolitana iglesia, diócesis, este leal reino y toda la monarquía. De [h. 6r] la Posada a seis de junio de 1703.

Ilustrísimo y reverendísimo Señor

De vuestra señoría ilustrísima, humilde, fiel, seguro, obsequiosos y rendido súbdito, que sus pies besa,

Don José Periz de Perey

[h. 6v]

De la señora sor Teresa Sallant, hermana de la autora y religiosa en el mismo convento de santa Clara.

Endechas endecasílabas.

Ya, Mariana mía,
que llega a percibir
plácidamente el orbe
acento grave en cítara sutil.

Ya, que el primor dichoso
de tu diestro buril
forja elegante estatua
a la deidad seráfica de Asís.

[h. 7r] Ya, que rondas un sol
que en auspicio feliz
luz mereció llamarse
en el lóbrego claustro del carmín.

Ya, que esparces fragancias
de aquel casto jazmín,
que hermosa maravilla
floreció de Espoleta en el pensil.

Ya, que cantas a quien
con garbo varonil
brumó su planta invicta
los brillantes hechizos del Ofir.

Ya, que pautas la vida
del cándido adalid
cuya milicia escala
las murallas eternas de Zafir.

[h. 7v] Ya, que aplaudes aquella
que a rayos de un viril
término puso
aloscas esperanzas de una lid.

Ya, que el verdor celebras
de la frondosa vid,
cuyos vástagos dulces
tienen solo al Olimpo por confín.

De mi amante ternura
oye una vez, y mil,
debidos parabienes
que el gozo ha reservado para ti.

Pero dejo este obsequio
a quien sabrá medir
primores de tu pluma
a sonoros compases de clarín.

[h. 8r]

Del reverendísimo padre maestro fray Tomás González del Campo, monje cisterciense en el real monasterio de Veruela, lector de Teología de la cátedra e Prima en su colegio de san Bernardo de la ciudad de Huesca.

Programa

Esta vida admirable de la esclarecida virgen santa Clara, bello espejo claro, hermosa cándida azucena de la religión del glorioso serafín san Francisco

Anagrama puro

Saca a luz del orbe católico la devoción de la señora sor Mariana Sallent, religiosa profesa de la religión seráfica en la ciudad de Borja.

Año MDCC

A.B.C.D.E.F.G.H.I. L. M.N.O.P.R.S.T.V.Z.j.

21.2.7.8.14.2.2. 1. 8.11.2. 7. 9.1. 9. 8. 2.3.1.1.

[h. 8v]

Del mismo

Soneto acróstico, cuyas dos últimas voces forman laberinto.

M inerva eres, y olorosa acanto,
 A stro de erudición en lo brillante,
 R ío en lo claro, limpio y abundante,
 I cisne airoso en su final quebranto.

A Clara resucitas, que con manto
 N egro, el olvido cruel, el siglo errante
 A pagaban fulgores de diamante
 S ombras funestas de mármóreo canto.

A inmortales memorias eternizas
 L a virtud más heroica, en vida rara:
 L lamas sacas de pálidas cenizas,

E terna vida da tu pluma a Clara
 N oble, porque a tu Madre solemnizas
 T e venera el respeto, y ARA PARA

[h. 9r]

A la señora sor Mariana Sallent y su dulcísimo numen. Del Reverendo Padre fray José Antonio de Hebrera, predicador general, ex definidor y cronista de la santa Provincia y del nobilísimo reino de Aragón, y ex secretario general del Orden de Nuestro Padre san Francisco.

Romance

¡Oh tú! del Pindo más sacro
discreto espíritu noble,
águila real que apuras
en una luz, muchos soles.

[h. 9v] ¡Oh tú! De tu Clara Madre
sonoro clarín acorde,
que eternizas sus prodigios
con el alma de tus voces.

¡Oh tú! de nuestro terreno
parto, envidiado del Orbe,
Dando al mexicano asombro
Divinas emulaciones.

¡Oh tú! religiosa Pafos
cuyo entusiasmo compone
distancias de los sentidos
para ver lo que se oye.
Inspírame tú, pues eres
del obelisco bicorne
tu sola, los nueve influjos,
mas con influjos mejores.

[h. 10r] Nada sin tí en tus aplausos
podrá mi numen informe
con que es preciso, en tu obsequio,
que tus auxilios implore.
No hiperbólico me juzgue
sino quien no te conoce
ni sabe que a cada acento
tuyo un pasmo corresponde.
Si por el proto romance
que escribió Mendoza el bronce
temió que le apurarían
sus minas para su nombre,

cuantos tu romance vean
¿qué dirán, eh? Que se esconden
de estos y los otros siglos
los inmortales padrones.

[h. 10v] Escribió aquél de la luz
todo un cielo de esplendores,
y tú de Clara en la vida
las once esferas encoges.

No sé yo si será elogio
decirte que andáis conformes.

A las obras me remito
y los críticos perdonen.

Sea el laurel a tus sienes
quien deba las presunciones
sin pensar que son sus ramas
dignas de que te coronen.

Y calle, en fin, con tus coplas
la arrogancia de los hombres
y la razón, no el obsequio,
las confiese superiores.

[h. 11r] Yo, que tu numen aplaudo
y tus nuevas locuciones,
temo decir que comprendo
el alma de sus primores.

Vive inmortal y la fama
pierda el crédito de noble,
si ya en los aplausos tuyos
su dulce clarín no rompe.

Y su seráfica madre
premie en sagrados favores
lo que en conceptos sutiles
en gloria suya compones.

[\[h. 11v\]](#)

Don José Lupercio Panzano y Ibáñez de Aoyz, del Consejo de su Majestad, y su secretario en el Supremo de Aragón, hizo a la poetisa en el anagrama de su nombre la décima siguiente, y en su elogio el soneto que va después.

Décima

Anagrama de Sallen
es de llenas la palabra,
que tu propio nombre labra
tu propio elogio también.
Por eso llenas se ven
coplas tan puras, tan buenas,
tan airosas, tan amenas,
tan claras, tan sin errores,
todas llenas de primores
y todas de aciertos llenas.

[\[h. 12r\]](#)

Soneto

Como la luz del sol, que si dispara
toda la esfera en resplandor al orbe
sin que la sombra por tenaz le estorbe
en su misma contienda se hace Clara,
así tu ingenio en apurar la rara
luz de tu Clara luz, que a rayos sorbe
piélagos de esplendor (por más que encorbe
su bollado cristal) más se declara.

Si ángel fue Clara, que en la esfera suma
rodeó el propiciatorio en sus confines,
de custodia de Dios Clara presuma,
y unida a quien la aplaude en altos fines
velando entrambas con mullida pluma
catre ofrezcan al sol dos querubines.

[h. 12v]

Don Jerónimo Torrijos y Virto, secretario del rey y veedor por su majestad de los presidios de Aragón, por obedecer a la poetisa dice lo que entiende en estas

Octavas

Mandas que mi silencio fíe al labio
su tarda voz, absorto a tanta obra,
donde lo dulce pugna con lo sabio,
y el idioma está puro sin zozobra;
describir nadie puede sin agravio
tal numen y mi juicio está de sobra,
mas ¿cuál podrá bastar, si en tal conquista
toda el alma se estrecha con la vista?

Del tracio se retire el instrumento
al cóncavo profundo, en dulce olvido,
y escuche el orbe todo su concento
a golpe de elocuencia suave herido:
que inspiración sagrada noble aliento
de elegante clarín ha reducido
hechos de Clara, glorias excelente,
a números de luz más permanentes.

[h. 13r] Calle Talía y oiga sin agravios
tu voz, reverenciando sus primores,
todo su ministerio dé a tus labios,
toda su fama dé a tus esplendores
si en tus escritos los conceptos sabios
sirven el fruto sin ajar las flores
debiendo a los raudales de tu vena
fecunda vid en campo de azucena.

De eterno bronce pórvido bruñido
láminas te consagre la memoria
pues de hoy más reveladas al olvido
vivirán las noticias de esta historia
y las hebras de luz con que has tejido

la guirnalda de Clara y su custodia
las anude la fama en su turbante
eternizadas líneas de diamante.

Si por los golpes del pincel se arguye
a la mano que anima el movimiento,
siendo el primor o el yerro quien construye
por el ejemplo todo su argumento,
dime, beldad sagrada, ¿quién te influye
ese rasgo historial, nuevo concento,
si el vuelo de tu pluma se ha excedido
confusión de la vista y del oído?

[h. 13v] Tan vivas las facciones representa
ese docto pincel que al mundo llama
a rasgos de elocuencia cuando inventa
copiar del sacro amor pura la llama,
y tantos más incendios acrecienta
que lo visible en lo imitado inflama,
dando tal fuerza a todas sus verdades
que hasta en las sobras muestra realidades.

Todas cuantas explicas perfecciones
son trasunto fiel de Clara bella,
o ya del cielo ocupe las mansiones
o ya del firmamento alumbre estrella
y óptica de su luz en atracciones
de sacro vuelo observa débil huella,
aun su espíritu abultas, y, aplaudido,
del alma la armonía haces sonido.

Primero a ti del esplendor del día
el sacro Apolo te ilumine, en tanto
que te jure deidad, nueva Talía,
y al inmortal peñasco eleve tanto
que escuche el orbe solo tu armonía
teniendo en Clara un trofeo santo

que envidia dé y ejemplo a las edades
y viva con tu fama eternidades.

[h.14r]

Don Francisco Bolello de Moraes y Vasconcelos, a la dulzura con que la señora poetisa se desempeña en este romance.

Soneto.

Elevada al empíreo Clara santa
se unió a su amante en solio de astros hecho,
si blanco cielo la hostia era a su pecho,
hollado el cielo ofrenda es a su planta.

¡Mas, ay, que el cuerpo, o velo, que fue a tanta
grande alma prisión dulce en nudo estrecho
yace en la tierra pálido y deshecho
por filo atroz, que lo vital quebranta!

Sentía el alma (aunque alto bien resuma)
que al santo cuerpo amarillez lo asombre
y no ascienda como ella a gloria suma.

Mas ya el cielo, por darle igual renombre,
trazó en las suavidades de tu pluma
eternidad dulcísima a su nombre.

[h. 14v]

El doctor don Francisco Antonio Sallent, canónigo, capellán de su majestad en la iglesia de Borja, comisario de la santa cruzada y examinador sinodal del obispado de Tarazona responde a su hermana en este

Romance heroico.

Mal, Euterpe canora del Ibero,
tu noble rasgo a mi cariño fías,
porque para censura tan delgada
tiene dulce el amor ciega la lima.
Mal llegará el afán de mi cuidado
al ilustre sudor de tu fatiga,

que hace bronco el sonido de mi leño
la hechicera dulzura de tu lira.
Cada vez que incansable me arrebató
el ansia de escuchar tus melodías,
en el piélago dulce de tu gloria
Lo que empieza milagro acaba envidia.
[h. 15r] Cada vez que el deleite de los ojos
traslada al corazón suave armonía
del pulsado blasón de tu instrumento
raya en solo el aplauso la noticia.
Tan cultamente tierna imprimir sabes
amores de tu madre esclarecida
que el pecho que se niegue a tu elocuencia
le costará al cincel vana porfía.
Tan faustamente venerada al orbe
publicas la deidad sacra de Umbría
que parece nacieron tus conceptos
en la cuna dorada de la dicha.
De mover riscos, de parar corrientes,
deslucos alabanza peregrina,
tanto, que a vista de tu plectro ufano
los primores del tracio son ruínas.
De dar aliento a mármoles helados,
Gallarda emulación mueves a Fidias,
tanto, que el simulacro de sus llamas
a vista de tu luz duerme ceniza.
No es mucho que tu numen abrasado,
Buscando la espumante monarquía,
[h. 15v] busque de Asís la deliciosa playa,
Que donde quiere Amor, allí respira.
No es mucho que en el valle de Esposito,
eco a tu voz responda la alegría,
si reverdece en fértiles fragancias
tu hermosa Tempe su mejor delicia.

¡Oh, la délfica llama brilladora
 fecunda inspiración, siempre divina,
 en tu florida sien nunca marchite,
 triunfante ramo de beldad esquivá!
 ¡Oh, siempre para honor de madre tanta
 En tu diestra elegante, cuando escribas,
 volátil Jove se desarme pluma
 y fresco Pindo se derrame tinta!

[h.16r]

A la gloriosa virgen santa Clara, en aplauso de la obra y su autora. Por don José Orti, secretario del reino de Valencia y de su estrenuo brazo militar, doctor en ambos derechos.

En la impresión que se hizo en Valencia

Romance Heroico.

Pendan, divina Clara, en tus altares,
 ricas preseas de esta ofrenda digna,
 que solo de milagro la desmiente
 el ser prodigio quien te la dedica.
 Ardan, en reverencia de tu templo,
 las luces de este ingenio, que, divinas,
 el celo ardiente con que las pronuncia
 alumbra el esplendor de quien las dicta.
 Suban fragantes humos por aromas
 de estas amantes flores que, lucidas
 [h. 16v] de la hoguera del pecho en que se abrasan,
 exhalados alientos se respiran.
 Lleguen por sacrificio de tus aras
 raudales de Elicona cristalina,
 que dulce vena cándida las bañe
 sin que sangrienta púrpura las tiña.
 Y, en fin, ocupe de tu altar el trono
 por tu más viva imagen esta vida
 que hasta el alma te copia, pues, sin duda,
 tu espíritu le diste al influirla.

Y pues templo, ara, trono, altar e imagen
te construye esta heroica poetisa,
que en lo que supo retratarte madre,
muestra lo que sabrá imitarte hija.

Deja que al sacro templo de tu libro
en mi breve oración rendido diga
que en estos cultos que le ofrezco invoco
para su aplauso su elocuencia misma.
Sin que de tosco adufe el rudo acento
de su plectro destemple la armonía
pues voces que a sublimes aras suben
las más humildes llegan las más finas.

[h. 17r] Oh tú, heroico prodigio, que de Clara
cantas con tal primor las maravillas
que, al querer numerar las que refieres,
se ha de contar por otra el referirlas.
Si entre las nueve del castalio coro
no te numeran, es porque se admira
que a lo que en ti se leen realidades
las ideas no igualan de fingidas.
Mas qué mucho, si espejo soberano
de otra fuente más clara y peregrina
cristal de reflexión, esparces luces
que copiadas primero en ti se miran.
Que bien ocupas, elevado, el coro
de seráfica ardiente jerarquía,
si el amante esplendor con que te inflamas
las mismas luces son con que iluminas.
¡Oh alado serafín! Qué bien supiste
la brasa de ese altar en donde habita
con lucida pluma, trasladarla
al labio de quien lee tu doctrina.
Permite, pues, Mariana prodigiosa
que en Valencia tu libro se reimprima

[h. 17v] porque cisnes del Turia, ufanos, canten
lo que del Ebro sabia musa escriba.
Que si es Guadalaviar el de aguas claras,
sean, cuando tus obras se repitan,
de la cándica voz, plumas los cisnes,
de los rasgos de luz, cristal la tinta.



[Grabado: recuadro con la imagen de un corazón llagado rodeado de una corona de cuentas de rosario]

[h. 18r]

Del doctor Jacinto Matoses, beneficiado en la metropolitana iglesia de Valencia, y examinador sinodal de su arzobispado, en alabanza de la autora, escribía esta

Décima.

Tu lira cede armoniosa
a la que con mejor lima
vino en uno y otro rima
del otro mundo ingeniosa.
De Mendoza alma gloriosa
hoy la tuya se repara
con imitación tan rara
de tu madre en los desvelos

que es tu caudal de los cielos
como tu humildad de Clara.

[h. 18v]

Don José Periz de Pery, en elogio del nombre de la señora sor Mariana Sallent, forma este laberinto.

T	N	E	L	L	A	S	A	N	A	N	A	S	A	L	L	E	N	
N	E	L	L	A	S	A	N	A	I	A	N	A	S	A	L	L	E	N
E	L	L	A	S	A	N	A	I	R	I	A	N	A	S	A	L	L	E
L	L	A	S	A	N	A	I	R	A	R	I	A	N	A	S	A	L	L
L	A	S	A	N	A	I	R	A	M	A	R	I	A	N	A	S	A	L
A	S	A	N	A	I	R	A	M	R	M	A	R	I	A	N	A	S	A
S	A	N	A	I	R	A	M	R	O	R	M	A	R	I	A	N	A	S
A	N	A	I	R	A	M	R	O	S	O	R	M	A	R	I	A	N	A
S	A	N	A	I	R	A	M	R	O	R	M	A	R	I	A	N	A	S
A	S	A	N	A	I	R	A	M	R	M	A	R	I	A	N	A	S	A
L	A	S	A	N	A	I	R	A	M	A	R	I	A	N	A	S	A	L
L	L	A	S	A	N	A	I	R	A	R	I	A	N	A	S	A	L	L
E	L	L	A	S	A	N	A	I	R	I	A	N	A	S	A	L	L	E
N	E	L	L	A	S	A	N	A	I	A	N	A	S	A	L	L	E	N
T	N	E	L	L	A	S	A	N	A	N	A	S	A	L	L	E	N	T

Cuando a Mariana escuchas
de la fama en el renombre
si oyes una vez su nombre
su voz se repite muchas.
De las que miras escritas
doscientas sesenta fiel
hallarás en el papel,
pero en el bronce infinitas.

[h. 19r]

Del mismo, este romance

Grande, ilustre poetisa,
cuyas prendas relevantes
el bronce ,cavado, informe,
publique, esculpido, el jaspe.

Alto honor de esta Corona,
pues le dan tanto realce,
vuestras prendas generosas,
como sus barras reales.

Gran Minerva de Aragón,
mejor que la que, triunfante
de Neptuno, impuso a Atenas
sus insignias literales.

[h. 19v] Cifra de las nueve musas,
cuya pluma es admirable
arcaduz, por quien respiran
sus nueve acentos suaves.

Claro honor de las mujeres,
de los hombres docto ultraje,
pues pruebas que no el sexo
de la inteligencia parte.

Mayorazgo hija del sol,
que de sus rayos flamantes
por gozarles tan de lleno
logras sus actividades.

Maestra de capilla, que
con tus medidos compases
haces señal a las musas
de que entonen, o que pausen.

[h. 20r] Sibila del Moncayo,
patrio suelo, esparcir sabes
la doctrina, que las otras
veneraron las edades.

Heroína de este siglo
que con tu terso lenguaje
viertes flores de Amaltea
de quien liba amor panales.

Noble asunto de la fama
para quien hace que afanes

de la fragua de Vulcano
nuevos clarines os labren.
El eco de vuestro nombre,
que llega a lo más distante,
medias sílabas responde
desde mis concavidades.
[h. 20v] El imán de vuestras prendas
mis muchos yerros atrae,
con apacible violencia
siguiendo su norte afable.
De aquí de Valencia enciendo
aromas a vuestra imagen
y, en este apacible clima,
templo os erijo y altares.
Desinteresado os busco
que el afecto que os aplaude
si celebra lo extendido,
no lo lisonjea lo grande.
Porque ¿para qué, señora,
en distancia tan notable,
habrán vuestras grandes prendas
menester mis humildades?
[h. 21r] Pero donde de mi patria
la dulce afición me hace
apartarme del asunto
y del intento alejarme.
Vuelva, pues, segunda vez,
el discurso a recobrase
y del hilo del discurso
los dos rotos cabos ate.
Digo, pues, que no es mi intento,
Señora, más que postrarme
a vuestras plantas, que en esto,
las distancias no equivalen.

Don Francisco Antonio es
vuestro hermano, pero calle
mi voz, que, dicho su nombre,
no hay alabanzas capaces.

[h. 21v] Este, pues, cuyos favores
grabados en el diamante
del alma, como su efigie,
vivirán en mí inmortales.

Me franqueó vuestro libro,
y, con usura admirable,
fue el crédito de leerle
obsequio de restamparle:
porque se vea que sois
quien con celo infatigable
solicita que los triunfos
de Clara más se dilaten.

Yo, pues, por esto movido
de un influjo dominante
de resistir imposible
y de ejecutar no fácil,

[h. 22r] con pluma tosca os escribo
en alas de papel frágil,
porque conceptos ligeros
se puedan echar al aire.

Y venciendo la distancia
por que suele a lo más grave
la gloria de un pensamiento
dar dotes de agilidades,
a la dichosa región
llego, donde las señales
de vuestras plantas me avisan
que allí mis labios estampe.
Aquí estoy a vuestros pies
por medio de estos cobardes

rasgos, que son postdatarios
del afecto que en mí arde.
[h. 22v] De nada puedo serviros,
Señora, porque soy nadie,
mas quizá por aplaudiros
podré aspirar a ser alguien.
Hacedme tan señalado
favor que, de aquí adelante,
pueda de vuestro criado
en el número contarme.

[h. 23r]

A la señora sor Mariana Sallent, en veneración de su espíritu poético y devoto.

Don José Monflorit y Paniagua, de edad de catorce años muestra las tempranas flores de su ingenio en este

Soneto.

¿A qué alta cumbre tu elegante vuelo,
honor del Pindo, asombro de la fama,
puede aspirar en la segunda llama
que exhale el numen de su ardiente celo?

Si tan sublime, en el primer desvelo
esplendores la pluma así derrama,
que a la más Clara luz, de luz recama,
a más no puede ya llegar su anhelo:

Por nueve cauces de otras tantas musas
difunde los raudales Elicona,
pero rica tu vena en sí eslabona

caudales de corrientes más difusas.
Y sin duda su aliento forma Apolo
en las doradas minas del Pactolo.

[h. 23v]

Al mismo asunto del mismo.

Décima.

De las nueve eres el cero,
oh musas, oh maravillas,
y alado espíritu brillas
de los de coro primero;
con que tu numen prefiero
en su elevado blasón
a cuantos de Apolo son
glorioso timbre; porque
en cuanto escribes se ve
la letra de admiración.

[p. 1] [Comienza el texto]

